LA MODA ELEGANTE

Año XXII. — PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, — Num. 32.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. — Vestido para bañarse en el mar.—Bordado de arpillera.—Labores de calados en muselina.—Velo de tul de encage.—Fichú á la Suiza.—Orla.—Bordado al zurcido.—Encages de lana.—Tipos del siglo: el bañista.— La vendimia.—Fantasía.—La mañana y la tarde.—Un año de matrimonio.—Revista de Cádiz.—El salto del caballo.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del geroglífico:

Vestido para bañarse en el mar.

Este equipo, cuyo dibujo nos ha sido pedido por gran número de nuestras lectoras, se compone de un pantalon y de una blusa de tela de lana, por lo comun negra, todo lo cual va guarnecido por una cinta de lana encarnada. El gorro, en forma de redecilla, se hace de hule, y lleva por adorno un rizado de tela de lana encarnada.

VESTIDO PARA BAÑARSE EN EL MAR.

Bordado de arpillera.

SERVILLETAS PARA FRUTAS, ETC.

Se ejecuta esta labor sobre arpillera fina, de la que se usa para sacos; esta gruesa tela, no solo sirve para lo que va indicado arriba, sino tambien para cobertor de cuna ó cama de niño; se adorna con bordados en cruz, ó bien á punto *ruso, que se ejecuta con algodon* de color, tal que pueda impunemente lavarse. Los colores mas sólidos son: el encarnado, el azul, el lila, el gamuza, el pardo y el negro. La cruz se hace sobre dos hilos dobles á alto y en ancho. De este modo se ejecutan dibujos sencillos, por el estilo de los que se labran al zurcido sobre red. Las servilletas pequeñas llevan al rededor, sobre el fleco, un arabesco estrecho, una greca, etc. El fondo se adorna con un salpicado lijero. El fleco se hace en la tela misma, es decir que se sacan hilos, en número mayor ó menor, segun se quiera un fleco mas ó menos ancho. Sin embargo, á fin de contener el deshilachado, se ejecuta antes de sacar los hilos, bien una fila de cruces, bien un pequeño feston, uno y otro en los cuatro lados de la servilleta. Despues de esto, se hace el fleco, el cual queda ya limitado.—Nuestro modelo va adornado con un bordado á punto *ruso;* cada cuadro está separado de los adyacentes por una lista calada. El dibujo representa una de las esquinas de la servilleta; los cuadros han de ocupar el mismo número de hilos en alto y en ancho. Para la lista calada, se sacan cinco ó seis hilos dobles; pero antes de sacarlos se ejecutan las cruces dobles aisladas que han de limitar por un lado y por otro el calado.

Despues de haber sacado los hilos de la lista se hace el dibujo, es decir, se pasa por los hilos una hebra de algodon grueso que los abraza tres á tres y los cruza, del modo que lo indica claramente el dibujo; tambien se consultará éste para formar las estrellas colocadas en el centro de cada cuadro; el medio de cada estrella se compone de una cruz *doble.*

Esta labor experimenta muchas variaciones. Se la ejecuta tambien sobre *lienzo crudo de fardos, cuyos* hilos son cuádruplos en vez de dobles; en este caso se sacan cuatro hilos, — se dejan otros cuatro,—y asi sucesivamente en forma de tablero de damas, de modo que compongan un tegido á cuadros, semejante, en cuanto al efecto, á uno de los dibujos que figuran en el presente número (véase en la página siguiente el dibujo n.° 1). Los cuadros llenos se adornan con cuatro cruces, los otros quedan vacios.

Labores de calados en muselina.

Estas labores sirven para una multitud de objetos: *se ejecutarán en muselina* blanca, forrándolas, si se quiere, con tafetan de color claro, para guarniciones de piezas que tengan los bordes rectos; servirán para colchas de cama,—para cubiertas de almohadones de plumazon,—para mesas de tocador, y entonces la labor se ejecutará *sobre el pedazo entero,* forrado de percalina color rosa vivo,—maiz,—ó azul; finalmente para manteles de altar.

N.° 1. — Este se ejecuta, como los otros dos dibujos, sacando los hilos de la muselina en número igual y á iguales distancias, tanto en largo como en ancho. Como regla general en la ejecucion de estas labores, diremos que el último hilo de cada lista tupida debe asegurarse con los puntos que se cruzan, y que se hacen, bien con algodon blanco, bien con torzal de seda negro ó maiz. El bordado n.° 1 es á punto ruso sobre los cuadros tupidos; los adornos de los cuadros vacios se

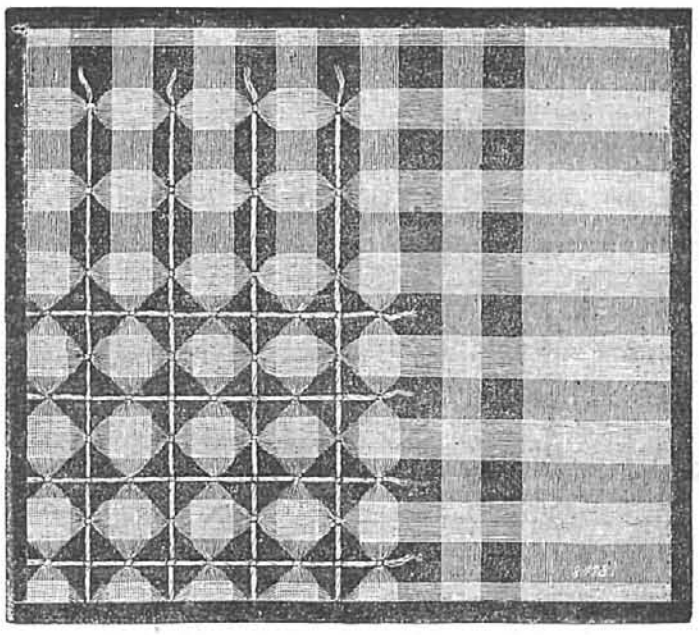
© Biblioteca Nacional de España

componen de calados de encage claramente indicados en el dibujo.

N.° 2.—Los hilos se sacan en un solo sentido; los adornos se hacen con seda amarilla en las listas caladas, con seda amarilla y seda negra en las tupidas,

N.° 3.—Convendrá especialmente para entredos de enaguas interiores, mangas, trages de niños, fichús, etc. Los cuadros vacíos se adornan con hilo blanco, que rodea y estrecha las listas caladas, segun lo indica el dibujo.

Se puede tambien ejecutar este en mayores proporciones, y emplearlo en los objetos que así lo exijan.



N.° 3.—LABOR CALADA EN MUSELINA.

Velo de tul de encage.

El fondo de este velo es de tul negro de dibujos, ó bien de tul blanco con dibujos negros; el adorno se compone de pedazos de entredoses negros, cuyo centro es calado; se los cose sobre el fondo del velo; se recorta éste por debajo del entredos y se hace un dobladillo ligero en cada borde de los recortes del fondo. Un entredos semejante rodea el lado redondo del velo; á él va pegado un encage negro de 3 centímetros y 1/2. El ancho del velo por el lado que está en línea recta es de 78 centímetros; su altura, en el medio, de 44 centímetros. El largo de los entredoses que forman presillas es de 9 centímetros: la distancia que separa una de otra, de 6 centímetros. Se pone en el borde superior una puntilla, á través de la cual se pasa una cinta elástica.

Las presillas pueden remplazarse con un entredos comun, cosido al fondo con una cinta estrecha de terciopelo negro.

Fichú á la suiza.

La moda de los cinturones y de los fichús con tirantes presenta cada dia variaciones nuevas sobre el mismo tema. Las señoras, las señoritas y las niñas llevan estos cinturones y estos fichús hechos de encages, de pasamanería, de tela de seda, ó bien de muselina como nuestro dibujo.

Este se hace en muselina; se compone de un peto y de una espalda perfectamente iguales, que se pliegan de arriba abajo; los tirantes se pegan á ámbas piezas ya dichas y se hacen con entredoses bordados y muselina plegada.

Los rizados, de muselina, se guarnecen con una cinta estrecha de color vivo puesta en el dobladillo; otra cinta estrecha de terciopelo negro cubre las costuras con que aquellos se pegan al fichú, al cual va unido un cinturon guarnecido de rizados y volantes: este se cierra por el lado izquierdo, en cuyo sitio se coloca un lazo hecho con una cinta que tenga 8 centímetros de ancho.

Orla.

Este dibujo se ejecutará bien sea con terciopelo (cero), bien con trencilla negra rodeada por ámbos lados de trencilla blanca. Hay que procurar que las esquinas se señalen bien.

Bordado al zurcido.

Este dibujo para bordado al zurcido, se ejecuta sobre red al sesgo. En aquel pueden seguirse perfectamente todos los pormenores de la ejecucion.

Encages de lana.

(Véase el grabado de modas del presente número.)

Desde la aparicion del encage de Cambrai, los bolsillos mas modestos han podido alcanzar aquellos bellísimos productos, que son indispensables para el vestir de las señoras.

El inventor de este encage no se ha contentado con eso; ha creado el encage de *Lama*, que ha diez años goza de un favor siempre creciente. En fin, este año, el innovador ha dotado á la industria del encage *yak*, cuyo nombre es ya familiar entre las damas.

Este encage remplaza con ventaja al encage aplicacion de Bruselas y al punto de Inglaterra. Sus pliegues largos y ondulantes son de un blanco nacarino, y sobre todo su baratura hacen de él la gran novedad de la estacion.

Debemos recomendar una cosa á nuestras lectoras para utilidad suya.

Que exijan la marca del verdadero encage de yak, porque siendo un artículo raro, se venden bajo su nombre otros productos inferiores imitados.

TIPOS DEL SIGLO.

EL BAÑISTA.

En el siglo pasado y hasta en los primeros años del corriente, el tipo de que nos vamos á ocupar era un objeto tan raro y de tan dudosa existencia como el ave Fénix, el país de las amazonas y las riquezas de los maestros de escuela.

En esos bienaventurados tiempos todo hombre honrado, nacido en el interior de la Península, tenia la grata esperanza de morirse sin ver el mar, á menos que no quisiese conquistarse un puesto en las galeras de S. M., ó que el médico le recetase baños *in extremis* y como mera preparacion al último sacramento de la Iglesia.

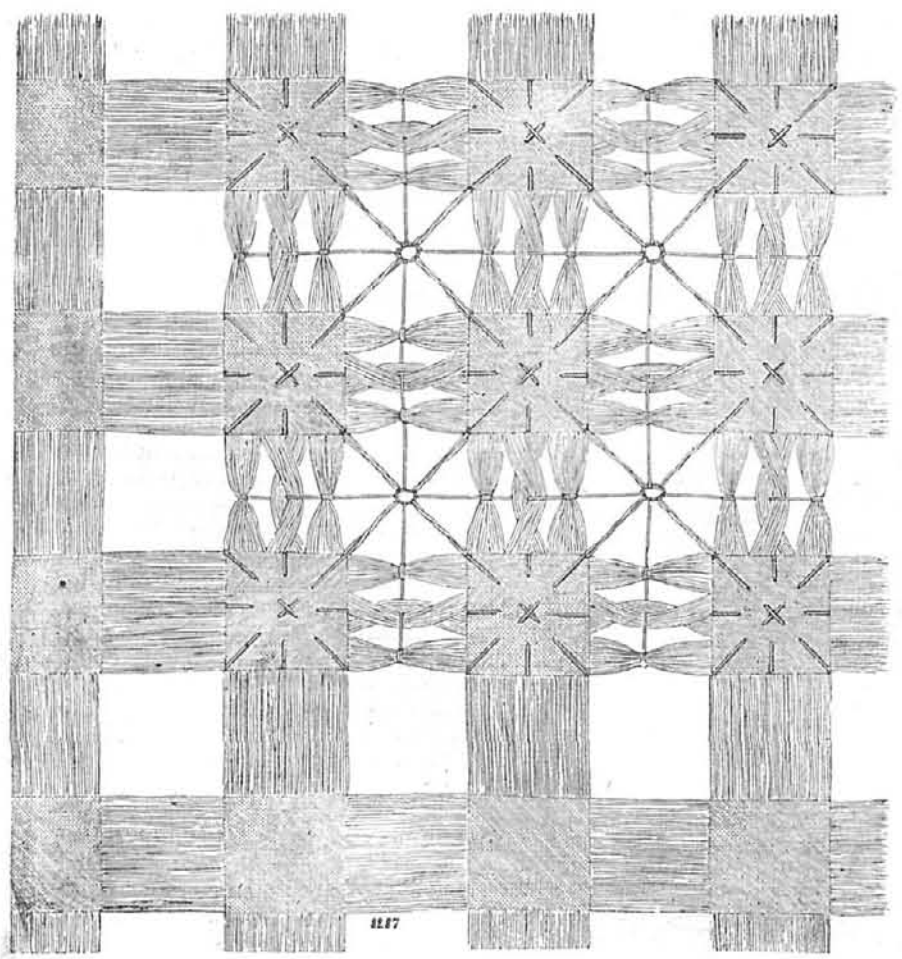
En efecto, cuando un paciente habia logrado agotar la ciencia y paciencia médica (lo cual no era muy difícil) sin agotar las amarillas de su bolsillo (lo cual sucedia muy pocas veces) el Galeno tomaba un dia el aspecto mas grave que el espejo le sugeria, pulsaba al enfermo repetidas veces, reunia un consejo de familia, y despues de toser y escupir, decia en voz baja á sus atribulados parientes:

—Don Fulano está muy grave: se ha hecho cuanto el arte pedia y no hemos conseguido el resultado. En el caso que nos hallamos falta probar únicamente el efecto de los baños de mar.

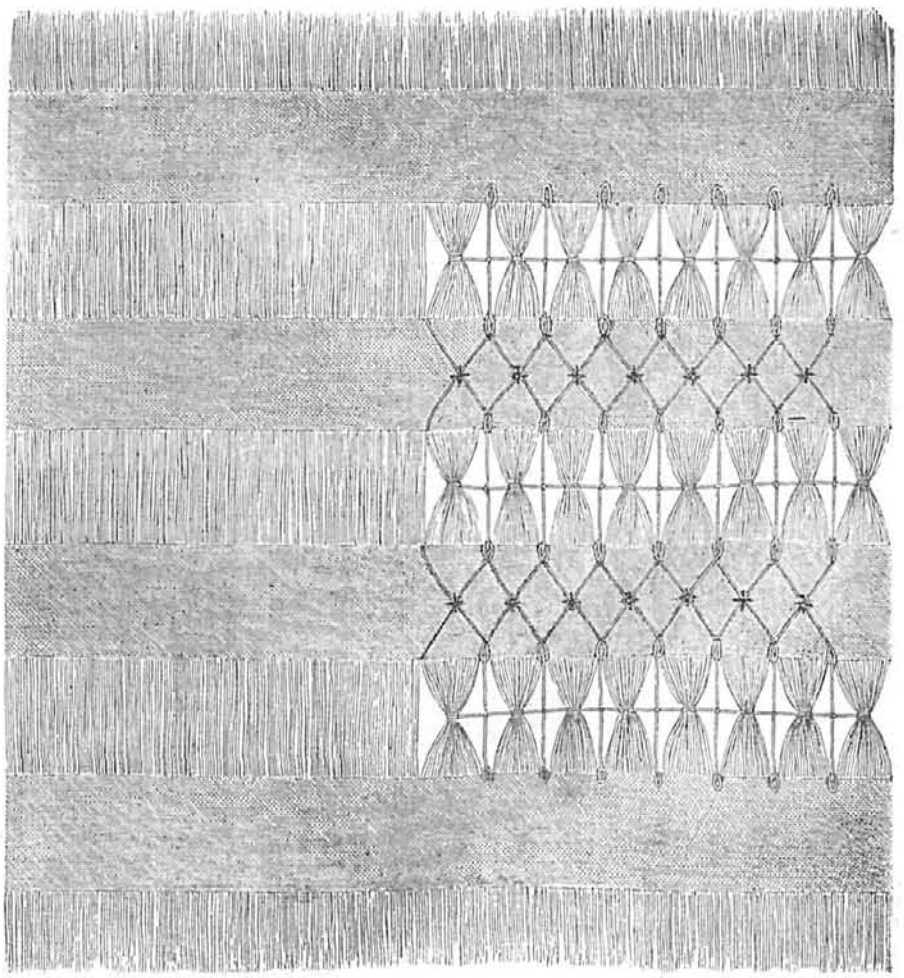
Dicho esto, era de rigor que la familia pusiese el grito en el cielo; que todos se lamentasen á una y que no se oyesen mas que exclamaciones como:

—¡Poblecillo! tan jóven? quién lo dijera? y cómo darle este trago? etc. etc.

Por fin, despues de muchas idas y venidas, el enfermo se enteraba de lo que ocurria; arrojaba un tremendo suspiro: cumplia con sus deberes religiosos, hacia testamento y se abandonaba en los brazos, ó mas bien sobre las ballestas (comodidad inaudita) de un coche de colleras, que tenia la fortuna de no haber sido robado durante su existencia, mas que diez y siete veces.



N.° 1.—LABOR CALADA EN MUSELINA.



N.° 2.—LABOR CALADA EN MUSELINA.

© Biblioteca Nacional de España

Los inconvenientes del viage no eran grandes, se reducian á muchas probabilidades de vuelcos, tal cual *rotura del carruage, desaparicion de objetos* en las posadas, robos á mano armada, mala alimentacion, lechos de Procusto, algunas enfermedades de las caballerías, mal trato de los carreteros, sofocones en el verano (especialmente en las deliciosas llanuras de la Mancha) y además de otras zarandajas insignificantes como sal y pimienta de la cuestion, un movimiento infernal producido por el bello desórden en que se encontraban los caminos *reales*, á pesar de su pomposo título, movimiento que, por otra parte evitaba la detencion de alimentos en el estómago, y por lo tanto las indigestiones.

Finalmente, el enfermo llegaba á la orilla del mar ó se moria por el camino: en el primer caso *tenia cien probabilidades contra una* de no volver á pisar jamás su tierra natal: en el segundo ¡figúrense Vdes.!

Escusado es añadir que los baños *sui generis* que hoy han llegado á ser panaceas universales no extendian en esa época su fama, mas que al radio *maximo de siete leguas*.

Pero llega nuestro siglo y olvidando con un soberano desden cuanto le habian legado sus sesudos antecesores, se propone y consigue producir una revolucion en las costumbres, *en los hábitos* y en los demás trages españoles, lo mismo que se habia verificado ya entre todos los europeos blancos y morenos, latinos, slavos, sajones, brutos, y sabios, *filántropos y egoistas*.

Y en el periodo de esas trasformaciones le llegó su turno rigoroso á los viages, y en su consecuencia á los baños.

Y apareció el bañista.

Hoy dia todos se bañan: hoy dia todos viajan antes y despues de bañados.— Hay quien se baña porque se lo ha *mandado* el médico: porque se lo aconsejó un amigo, *muchos* porque no se lo ha dicho nadie; no pocos empleados porque se baña su gefe; gran parte porque se lo dicen todos; media humanidad porque está mala y quiere mejorar; la otra media porque está buena y *no lo sabe*; el *resto* porque quiere estar mejor; los buenos maridos para que se bañe su esposa ó se ahogue su suegra; los buenos padres para que se mejoren sus hijos y encuentren novio sus hijas, y finalmente todos los que tienen familia y no están malos ni buenos porque va todo el mundo: *¿y qué se diria del hombre* que no se baña ó hace como que se baña!

Pero además del incalificable *galimatias* que resulta de tantos intereses encontrados, hay dos clases bien separadas y distintas de bañistas.

Los que acuden á los baños de tierra (permítaseme la palabra) y los que prefieren zambullirse en el mar. Los primeros en general, se creen enfermos ó lo están realmente á juicio de los demás.

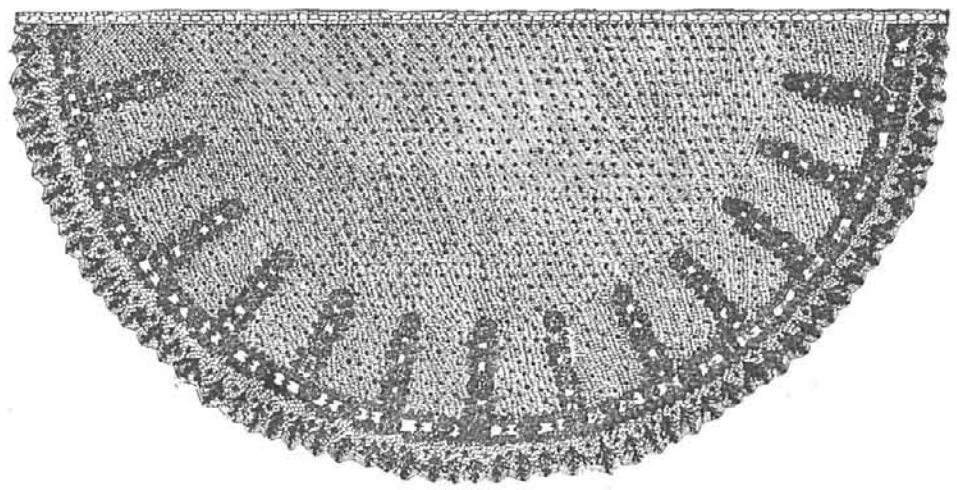
Los segundos tienen alteraciones muy graves segun parecer de los mismos interesados.

Es decir, que los unos logran muchas veces morirse como unos tontos, en tanto que los segundos solo se mueren de asco.

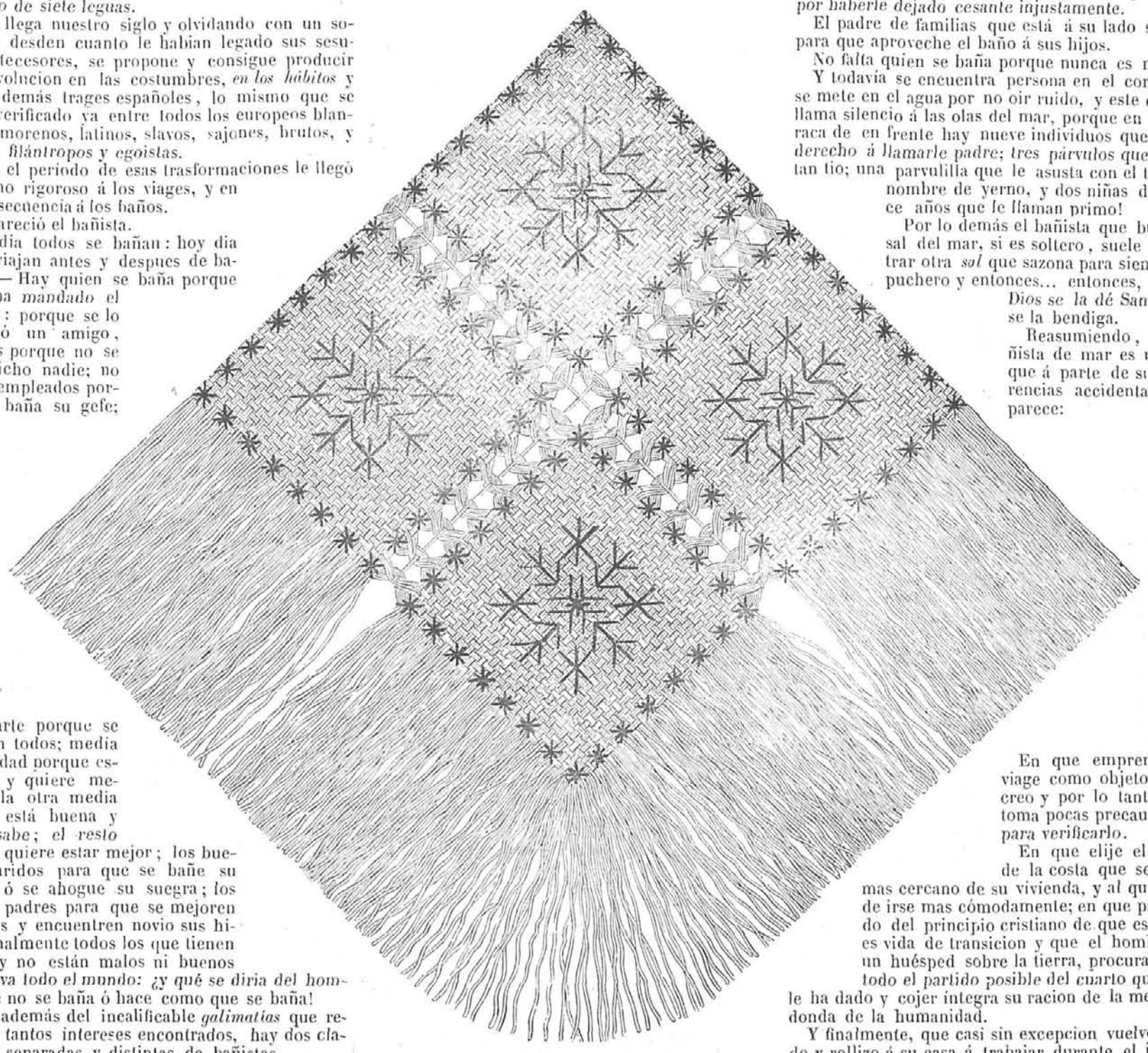
De aquí el diferente aspecto que presenta el bañista segun el tipo á que pertenece.

El bañista de agua salada (incluyo á las hembras) suele estar robusto, gordo muchas veces y casi siempre deseando llenar la bartola.

Come y se pasea bien, demuestra tener en buen uso y como si se acabasen de estrenar, sus facultades y si es mujer jóven.... ¡extremeceos! hasta suele pensar en el matrimonio.



VELO DE TUL DE ENCAGE.



BORDADO SOBRE ARPILLERA.

Y *como los hombres se agrupan tanto mas cuanto* mas desgraciados son, de aquí que los *maristas* viven un poco aislados y pasan la mayor parte de sus dias imitando á cierto animal que no quiero nombrar.

Solo en los momentos solemnes, es decir, al meterse en el agua ó al salir de ella es cuando cada uno se comunica oficialmente la causa que le ha *traido á los baños*.

Una gran parte de las señoras se quejan de excesiva robustez y sostienen sin embargo la necesidad del baño, porque padecen *debilidades* (suplico á los lectores que no interpreten maliciosamente mis palabras). — Hay caballeros que darian... ¡qué sé yo? porque el abdómen volviese á su regular caja y no se empeñase *en penetrar en todas partes, antes* que el resto de su individuo.

Son muchos, y esto es muy comun, los caballeros y señoras que desean engordar y casi nunca les falta un padecimiento que sea la causa de su esforzada esbeltez.

Una señora que se baña con otra acusa una frialdad de estómago que la quita las ganas de comer mas de dos veces al dia.

La de mas allá, ha pasado todo el invierno triste y quiere estar alegre.

Un personaje bajito y barbudo como un oso explica á todos sus padecimientos, nacidos de haber trabajado mucho de cabeza.

Otro alto y fornido ha contraido una gastralgia *por haberle dejado cesante injustamente*.

El padre de familias que está á su lado se baña para que aproveche el baño á sus hijos.

No falta quien se baña porque nunca es malo.

Y todavía se encuentra persona en el corro que se mete en el agua por no oir ruido, y este *quidam* llama silencio á las olas del mar, porque en la barraca de en frente hay nueve individuos que tienen *derecho á llamarle padre; tres párvulos que le gritan tio*; una parvulilla que le asusta con el terrible nombre de yerno, y dos niñas de quince años que le llaman primo!

Por lo demás el bañista que busca la sal del mar, si es soltero, suele encontrar otra *sal* que sazona para siempre su puchero y entonces... entonces, al que *Dios se la dé San Pedro* se la bendiga.

Reasumiendo, el bañista de mar es un tipo que á parte de sus diferencias accidentales, se parece:

En que emprende el viage como objeto de recreo y por lo tanto que toma pocas precauciones *para verificarlo*.

En que elije el punto de la costa que se halla mas cercano de su vivienda, y al que puede irse mas cómodamente; en que partiendo del principio cristiano de que esta vida es vida de transicion y que el hombre es un huésped sobre la tierra, procura sacar *todo el partido posible* del cuarto que Dios le ha dado y cojer íntegra su racion de la mesa redonda de la humanidad.

Y finalmente, que casi sin excepcion vuelve gordo y rollizo á su casa á trabajar durante el invierno y decir en el nuevo verano; piés, para qué os quiero? apenas el sol deja algun calorcillo sobre la tierra.

El *segundo sub-tipo del bañista es mas digno de* respeto por lo mismo que es mas digno de consideracion la humanidad doliente, siquiera no se halle exenta de muchas ridiculeces.

El bañista de tierra no puede decidirse tan á la ligera como el de mar.

© Biblioteca Nacional de España

Ha de escoger primeramente entre esa multitud de aguas cuyos nombres químicos bastan solamente para llenarles de pavor. — Esta clase de bañistas no se fijan mucho en las distancias, porque como dicen *á voz en grito*: por la salud es menester hacer toda clase de sacrificios.

La cuestion se reduce á determinar la clase de aguas que se necesitan y despues solo se trata de la temperatura, de la saturacion, de los prodigios que han hecho, de la educacion topográfica del país y de las gentes que concurren á él.

Pero la pícara moda en esto como en todo ha logrado meter la cabeza y no siempre la logra vencer el análisis químico.

Ois decir á personas semi-inteligentes que las aguas de Puerto-llano son tan buenas ó mejores que las de Vichy; ¿pero quién que lleve guantes y frac cortado por Puigbert se atreverá á sostener este absurdo de tan mal tono?

En Vichy se curan, ó al menos se bañan, todas las personas notables, y casi puede decirse que sus baños y sus fuentes están saturados de ciencia y diplomacia.

¿Quién se atreve á desconocer la especialidad de Panticosa?

¿Quién tan ignorante que no ha visitado á Coterets y Carratraca?

¿Quién tiene una salud de tan mal gusto que no ha necesitado de Alhama, Caldas ó Arechavaleta?

La moda ha hecho mas, ha hecho necesario al hombre un estado siquiera sea aparente de enfermedad para poder brillar en el mundo: ¿qué especialidad científica, qué genio diplomático, qué inspirado literato puede concebirse sin dolores crónicos de estómago y de cabeza?

Una visita á Vichy dá carta de sabiduría á un europeo.

Una temporada en Panticosa es prueba de espiritualismo en los hombres y de amor puro, platónico á las mujeres.

Así es que los que no están verdaderamente cansados de estar enfermos, hablan á sus amigos acerca de su expedicion veraniega.

—Va V. á los baños, D. Tadeo? dice un amigo á otro en Madrid á mediados de mayo.

—Qué quiere V. que haga; este pícaro estómago, y como uno no puede dejar sus trabajos... el cuidado de sus intereses, y en fin todas esas cosas que preocupan al hombre de posicion.

—Lo mismo digo á V.; la administracion de mis fincas me ha producido muchos dolores de cabeza.

—Y va V. á Aiques-bonnes, D. Timoteo?

—No, este año me quedo en Ontaneda.

—Yo no abandono mi Saint-Sauveur y mi Biarritz.

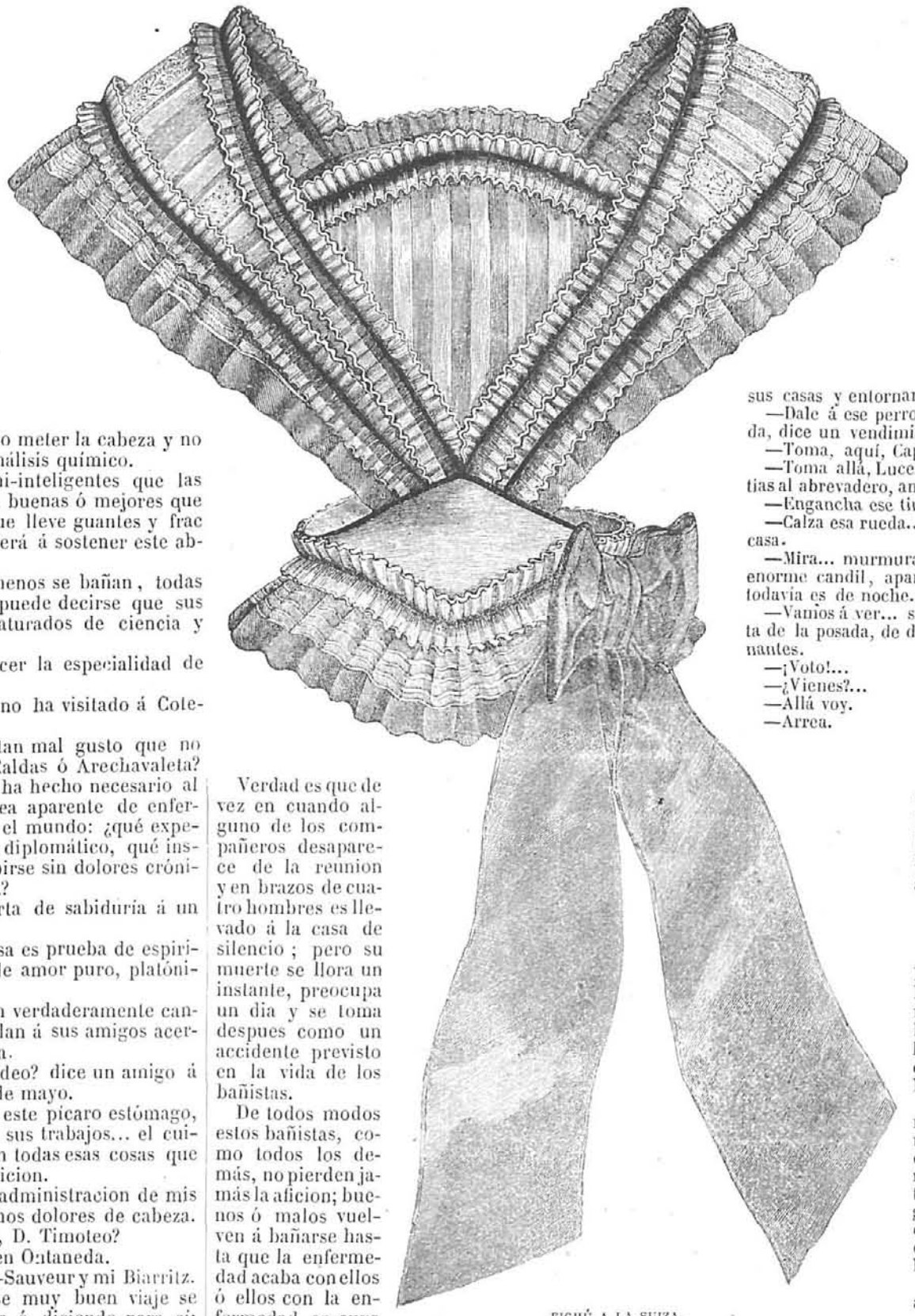
Y ámbos á dos deseándose muy buen viaje se despiden levantando la cabeza ó diciendo para sí; soy hombre de importancia!

La vida de los bañistas de tierra es mas arreglada que la de los de mar y se hallan sujetos al dominio despótico del médico de los baños.

Hay que ver las aguas; hay que respirar las aguas, hay que meterse en las aguas, y hay que sudar en las aguas.

Lo restante del dia puede uno libremente comer lo que quieran darle: beber lo que no le guste y divertirse si es que hay dónde y con qué.

Por esta razon los bañistas se unen, se cuentan mútuamente su vida, se confian sus dolores materiales y morales y sus esperanzas mas ó menos fundadas y hasta se hacen el amor si no tienen otras ocupaciones.



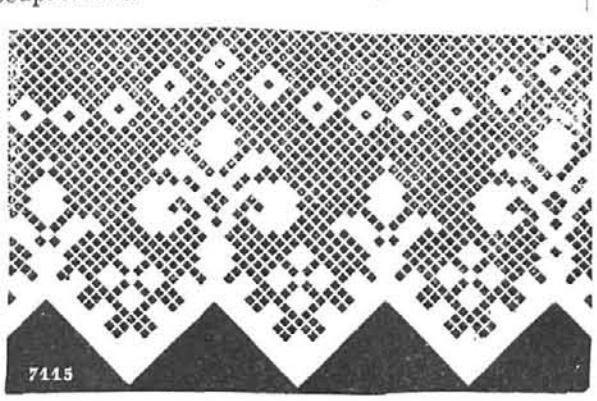
FICHÚ A LA SUIZA.

Verdad es que de vez en cuando alguno de los compañeros desaparece de la reunion y en brazos de cuatro hombres es llevado á la casa de silencio; pero su muerte se llora un instante, preocupa un dia y se toma despues como un accidente previsto en la vida de los bañistas.

De todos modos estos bañistas, como todos los demás, no pierden jamás la aficion; buenos ó malos vuelven á bañarse hasta que la enfermedad acaba con ellos ó ellos con la enfermedad, en cuyo caso suelen pasar á bañistas de otra categoría. Pero todos ellos, que forman la mayoría de la humanidad, apenas llegan las brisas de la primavera; apenas los árboles se cubren de verdor, ven con envidia salir las diligencias y trenes de los ferro-carriles, se consuelan solo con la esperanza de ser mas felices; sueñan en un verano de placeres ó de menos dolores, y en fin marchan por esa senda del mas allá cuyo fin nunca encuentra el hombre.

¡Dichoso el que pueda hablar de otro modo!

EDUARDO SERRANO FATIGATI.



BORDADO AL ZURCIDO.

LA VENDIMIA.

A MIS AMIGOS DON P. A. DE ALARCON Y DON C. NAVARRO.

I.

En llegando la vendimia,
De negras uvas rebosan
Los lagares, que las cepas
En pardos sarmientos brotan.
Treinta y mas hombres las pisan,
Y el mosto que sus piés moja
Para cuando vino sea
Les jura vengar su honra.

Vuelvo, y al medio dia
La comida abundante
No me pone arrogante;
Que no pienso que es mia,
Porque, mirando al cielo,
Al dueño adoro con humilde celo.

(LOPE DE VEGA.)

Son los cuatro de la mañana y acabo de colgarme mi último arreo de caza.

Tom, mi perro perdiguero que ha estado atento á esta maniobra, salta alegremente en torno mio, lame y muerde con placer las correas de mis botines de becerro y se dirije á grandes saltos, pero en silencio, hácia la puerta de la calle.

Su instinto generoso le avisa sin duda que no debe ladrar, so pena de incurrir en mi enojo.

Las prendas de mi casa, están dormidas, y *Tom* sabe que no quiero despertarlas.

II.

El enamorado gallo, el sultan de los corrales, canta á mas no poder. Su agudo *quiquiriquí* es tanto mas repetido y prolongado, cuanto mas inmediata es la aparicion del dia.

Los trabajadores salen de sus casas y entornan cuidadosamente sus puertas.

—Dale á ese perro que vá á comer mi merienda, dice un vendimiador.

—Toma, aquí, Capitan, exclama otro.

—Toma allá, Lucero, añade el que lleva las bestias al abrevadero, antes de conducirlas á la besana.

—Engancha ese tiro, dice el carretero al gañan.

—Calza esa rueda... se oye en la puerta de otra casa.

—Mira... murmura una mujer armada de un enorme candil, apareciendo en su portal donde todavía es de noche.

—Vamos á ver... se escucha mas allá á la puerta de la posada, de donde van saliendo los caminantes.

—¡Voto!...
—¿Vienes?...
—Allá voy.
—Arrea.

—¡Toma!...
—¡Eeee!
—Sóóó... gritan todos ellos cada vez mas alto, á medida que es mas de dia, hasta que al fin se forma la confusion incesante de ruidos y voces que ya no cesa hasta despues de anochecido.

III.

La del alba sería cuando solo y pensativo, porque me habia dejado en casa mas querido tesoro — mi mujer y mi hija—cruzaba por una de las lomas mas escuetas del monte de Berciana, distante media hora de este pueblo.

Por un impulso muy natural en mí y que no he menester explicaros, ibanseme los ojos hácia un sinnúmero de mozos y zagalas que por distintos caminos y en diferentes grupos se dirijian á un valle caprichosamente interrumpido por pequeñas colinas cubiertas de pomposas viñas.

Era, como os he dicho, el amanecer.

El sol venia y los campesinos iban; por consiguiente, al llegar estos á la primera viña se encontraron cara á cara con el sol, que apareció por detrás de la inmediata cumbre.

Cantaron ellos de alegría: dilatóse el sol de placer: sus rayos brillaron en mil reflejos sobre las ondas del vecino arroyo, y los pájaros que aun dormian bajo los juncos y los romeros de las lindes, saltaron súbitamente y llenaron el aire de armonías.

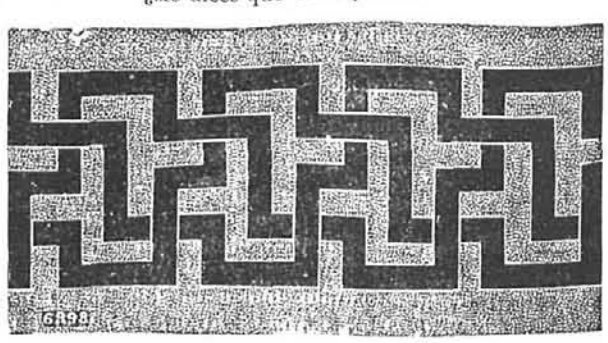
El campo todo respiró contento.

Los trabajadores se unieron de dos en dos, y al son de los cánticos mas tiernos y significativos, empezó la vendimia.

Cuando paso por tu calle
Compro pan y voy comiendo,
Porque no diga tu madre
Que de verte me mantengo.

Cantaban ellos; y ellas respondian:

¿Me dices que si te quiero?



ORLA.

© Biblioteca Nacional de España

Mi inclinacion te lo diga;
Siempre que veo á tu madre
Me parece ver la mia.

Y *volvian ellas á cantar:*

Como el sol de la vendimia
No hay otro sol en el año.
Como el amor que te tengo,
Ya puedes ir á buscarlo!

Y contestan ellos:

Las uvas quiero maduras
Y *las mujeres agraces:*
Que á nadie miren tus ojos
Si conmigo has de casarte.

El aire que arrancaba sus últimos perfumes á la retama y al tomillo silvestre: las calandrias que se remontaban cantando al cielo en busca del calor del sol; el conejo que corria hácia su vivero: la liebre que corria á ocultarse en lo mas espeso del monte; las tórtolas que gemian de amor en las ramas de los robles: el alarido quejumbroso de los pastores *que llevaban á pastar el* ganado: el silbido melódico y penetrante del mirlo que volaba *de olivo en olivo en busca* de la aceituna mas negra: la bulliciosa alegría de los vendimiadores: los sarmientos de las viñas que crujian bajo la mano que les hurtaba el fruto; la atmósfera pura, serena, trasparente: la hora, la estacion, el sitio: mi propension á contemplar con encanto y hasta con recojimiento todas estas cosas *tan conocidas, pero tan nuevas* siempre, me hicieron abandonar mis proyectos de caza y sentarme sobre un tronco de encina, dando gracias á Dios que habia creado aquella seductora maravilla, y que me habia dado á mi, pobre inválido del

CHAL DE ENCAGE LAMA NEGRO. ALBORNOZ DE ENCAGE LAMA BLANCO.

mundo, un corazon tan á propósito para complacerme en sus obras.

Entonces me acordé de vosotros, inocentes locos enjaulados en ese gran manicomio de España llamado Madrid.

Me acordé, os digo, y me dolí de vuestras querellas, de vuestros afanes y de vuestros insomnios. Os ví angustiados dia y noche y sin descanso: os ví esforzaros por subir á lo *alto* la tremenda piedra de vuestra ambicion; piedra que, como la de Sisifo, vereis hoy en el llano, mañana en la ladera y despues en la cumbre, pero que rodará súbita y con estrépito al abismo á pesar de vuestros esfuerzos; que tal es la ley de los que no se contentan *con vivir de si y para si, de los que quieren vivir* para los demás y por los demás.

¡Desdichados ellos, que imaginándose elegidos suben y suben la penosa cuesta de la ambicion, sin darse cuenta de la infortunada soledad que reina en su cúspide, y sin echar de ver que de ella han de bajar rodando y gimiendo como el condenado de la mitología!

Pero esto es meterme en la viña del Señor: volvamos á las viñas de Méntrida.

IV.

Sin sentir envidia y sin inspirarla, ignorante é ignorado, quisiera pasar aquí el resto de mi vida.

Madrid me ha secado. Madrid no tiene campo, ni aire, ni sol. Madrid es la obra del orgullo humano, y la campiña que ahora se extiende á mis piés es la obra de Dios; de Dios, que se ostenta aqui en todo su poder, en toda su magnificencia, en la plenitud de su suprema majestad.

El vieldo, la azada y el arado son aqui las sagradas *armas con que el hombre levanta del polvo de la nada* su existencia y la de su familia.

Un terron de tierra mas, una piedra mas, una gota de agua mas, un esfuerzo mas, y el que ayer no podia dejar tras si ni casa, ni tierra, ni viña, dejará por toda una eternidad la memoria de su nombre. Sus hijos y sus nietos y los nietos de sus hijos recojerán el fruto de tan santo trabajo; y cuando se sienten á la sombra de aquella oliva secular, que siempre verde y siempre nueva atraviesa los años y los siglos, bendecirán el nombre del que la plantó, glorificando así el instinto mas piadoso y mas elevado del hombre, el amor á lo eterno, á lo infinito.

Ved pues por cuán honrosos y naturales senderos *camina el hombre del campo á la inmortalidad de su casa*, de su familia y de su nombre.

¿Cómo se camina en Madrid? Vosotros lo sabeis. Por eso yo me ufano en repetir con Lope de Vega:

Cuán bienaventurado
Puede llamarse el hombre
Que con oscuro nombre
Vive en su casa, honrado
Por su familia, atenta
A lo que mas le agrada y le contenta.

V.

Una mujer acaba de llegar á la viña mas cercana al monte. Yo la distingo perfectamente. Es alta y delgada: su traje es modesto, casi humilde; pero es mas nuevo y mas reparado que el de las vendimiadoras. Tiene el cabello blanco como la plata, y sin embargo su andar es firme, seguro y animado.

Es la dueña de aquella finca.

No viene á darse á conocer como tal, ni á excitar el celo de sus criados: viene... yo os lo diré.

Ella, que ha recojido en el grano de aceituna el último rayo del sol de otoño, á cuya luz ha de bilar de noche nuestra capa de paño; ella, que oculta ya en su leñera la encina chispeante que ha de calentar el hogar; *ella, que gracias á su alquimia casera trastorna las estaciones* y perpetúa el verano, dándonos en enero, y en sabrosas conservas, las frutas mas exquisitas del estío; ella, en fin, Providencia de la casa, no ha querido confiar á nadie—y á eso viene—la delicada tarea de escoger los racimos mas sanos y trasparentes. Con ellos vá á fabricar separadamente el vino mas exquisito: con ellos vá á llevar á su casa el calor, y la alegría para el invierno; con ellos se animarán aquellas tranquilas y deliciosas veladas de diciembre. ¡Qué de historias tan peregrinas! ¡Qué de cuentos de reyes enamorados de humildes pastoras! *¡Qué de guerreros invencibles* peleando con leones y venenosas serpientes! ¡Qué de preguntas tan inocentes como inesperadas van á oirse!

Y es que la virtud congénita de estas gentes pertenece á un mundo mas bello y mas ideal que el nuestro. Es que de su natural llaneza—que la ignoracia orgullosa de la córte llama *vida prosáica*—brota á raudales la poesia mas tierna y encantadora; poesia, que como vosotros sabeis, dió ternura y entusiasmo á Calderon de la Barca; urbanidad y *consejo á Lope de Vega*; gracia y frescura á Tirso de Molina, y gentileza y valor á Rojas y Moreto.

Es que mientras en Madrid envidia el poeta al tribuno, el tribuno al prócer, el prócer al banquero, el banquero al ministro y el ministro al rey; mientras que con la desvergüenza mas refinada se pide allí la riqueza, el poder, la sabiduria y hasta la fama, aqui se aplauden las proezas del enamorado galan de Rosaura del Guante; se admira la evangélica piedad de la Verónica, ó se cuenta como un milagro que la hija del sacristan cantase en la velada de Nochebuena veinte y reis villancicos con estribillo sin beber agua ni vino y sin descansar. —¡*Benditas gentes.*

VI.

Con esta nueva digresion hemos conseguido que el sol avance en su carrera.

Ya es medio dia.

Los vendimiadores han sacado su frugal merienda y la devoran con hambre.

Tom olfatea mi morral y me avisa que es llegada la hora de comer.

Comamos pues; que

Nunca se vió caballero
De damas tan bien servido...

© Biblioteca Nacional de España

VII.

Las cargas de uva salian como por encanto de entre las pomposas vides: los mozos volvieron á sus cánticos y las mujeres levantaban los ojos al cielo porque barruntaban en las ráfagas de aire que suspiraban entre los sarmientos, la proximidad de la tarde.

Brilló el sol en Occidente, y la tarde llegó pálida, melancólica y solemne.

Las nieblas del valle, mensajeras del frio y de la noche, tendieron sus misteriosas alas sobre la tierra, y la vendimia terminó.

Las espirales de humo que arrojaban las chimeneas; los ladridos de los perros y el toque de la oracion, anunciaron la vuelta de los vendimiadores.

Quedó el campo solo y sumido en una tristeza mortal. El vendimiador acababa de arrebatarle su último fruto y le volvia la espalda... Pero ¿qué importa?

El viento del Sur ha movido las nubes: el labrador ha cojido la sembradera, y mañana al despuntar la aurora arrojará su mano sobre el profundo surco la semilla con que ha de engalanarse la próxima primavera.

J. Joaquin VILLANUEVA.

FANTASIA.

Pensamiento! cual rápida centella
Que de la parda nube se desprende,
Eres ráfaga pura de una estrella
Que de la eternidad busca la huella,
Y el vulgo admira, pero no comprende.

Coloso, que en su cárcel oprimido
Sus invisibles alas agiganta,
Por volar al lugar desconocido
Que el poeta en su mente ha concebido,
Donde el mortal jamás puso su planta.

Vuela! de los misterios del profundo,
Al autor soberano le interroga:
Y si el prodigio encuentras sin segundo,
Lo que viste revela á nuestro mundo
Ya que tu intento por tu audacia aboga.

¡Mas ay de tí, si absorto en tu osadía,
De la razon los diques avasallas!
Si sola tu ambicion llevas por guia,
Altivo pensamiento, llega un dia,
Que frente á una ilusion solo te hallas.

Detente... porque en vano en la memoria
Grabarás sin cesar tus desvarios,
Páginas todas de una misma historia
Que agolpan su decada transitoria
Como afluyen al mar todos los rios.

Por tu constante afan triste y marchito
Vuelves al fin de tu encumbrado vuelo,
Que al tocar infeliz, en lo infinito,
Tan solo el desengaño viste escrito
De la esperanza en el tupido velo.

Refrena por piedad ese tormento
Que acosa con rigor tu esencia loca,
Y ha de mofar el mundo tu lamento,
Cuando juzgas con triste desaliento
Que encuentras su extension para tí, poca.

Qué buscas?—dónde vas?—"Vagando voy
Sin que retroceder fácil me sea:
Cerca del GRAN MOTOR juzgo que estoy,
Mas lejos como ayer me encuentro hoy
Sin que aplacarse mi ansiedad yo vea.

"Busqué la solucion de esos misterios
Que envuelven sin cesar á la criatura:
Quise cruzar veloz anchos imperios,
Abandonar opuestos hemisferios,
Y el mundo contemplar desde mi altura.

"Ícaro fuí! que el Sol de mi esperanza
Mis alas abrasó para mi mengua,
Y abjuro mi punible confianza
Que lo imposible á descifrar no alcanza,
Ni le es dado explicar á humana lengua!

"Vuelvo á tí, sin afan, sin devaneo,
Del corazon contando su latido;
Ofreciendo por único trofeo,
Las marchitadas flores del deseo,
Cojidas en el campo del olvido.

Vuelve: que al fin en mi agitada mente
Tu misteriosa fuerza no sucumba,
Y aunque grabas un pliegue aquí en mi frente,
Defiéndeme del FRIO INDIFERENTE,
Guiando mis miradas á una TUMBA.

Angela MAZZINI.

LA MAÑANA Y LA TARDE.

La cándida mañana es la alegría,
Ufano el mundo muestra su riqueza
Al resplandor del dia:
La tarde es la tristeza.

La misma luz que en el risueño prisma
De la gentil mañana en ondas arde,
La misma luz, la misma,
¡Qué triste es á la tarde!

Todo es alegre en la mañana hermosa
Que el cielo, el mar y las montañas viste
De nácar y de rosa;
Todo en la tarde es triste.

Tú eres la luz gentil, risueña y vaga
De que hace el alba azul altivo alarde,
Yo soy luz que te apaga,
Soy vapor de la tarde.

Tú eres gérmen de amor y de belleza,
Yo sombra triste de la pena esclava,
Tú eres vida que empieza,
Yo soy vida que acaba.

El sol te sigue y con su lumbre bella
Tu sien corona sonrosada y pura;
Sigue en pos de mi huella
Ciega la noche oscura

Tú vas con tu inocencia alborozada,
Yo á mi oscuro saber no me acomodo:
Tú aun no has visto nada;
Yo lo he visto ya todo.

José SELGAS.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—Mi coronel, el camino es malo, respondió el postillon.

—Es muy bueno, obedece.

—No quiero yo: que se paren, exclamó Julia levantándose medio dormida; el camino está lleno de cuestas y hay que ir despacio; mandad que vayan despacio, coronel.

—Tengo confianza en el postillon y mas aun en los caballos.

—Pues yo me voy á poner mala si continuamos corriendo.

Rodolfo, al oir la voz de Julia, y conociendo que estaba muy inquieta, casi se enfadó, porque el coronel no retractaba su órden.

—Hermann, le dijo con una voz cortada, puesto que no basta la súplica de una señora, me permitireis que una yo mis ruegos á los suyos.

Lavinia se habia callado hasta entonces y no pronunció una palabra despues de lo que habia dicho su hermano; tenia entendido que su esposo pertenecia á esa clase de hombres que despreciando siempre su vida, forman un gran empeño en que se obedezca su voluntad, y que prefieren perder la primera á cambiar la segunda. Que fuese ó no merecida esta reputacion, Lavinia no pudo juzgarlo entonces, pues á la súplica de Rodolfo, Hermann dijo al cochero, aunque con un acento muy marcado de ironia:

—Los caballos al paso, estas señoras tienen miedo.

Y no abrió la boca hasta que el carruaje se detuvo: solo entonces, y con el mismo tono sardónico, preguntó á Lavinia mientras la ayudaba á apearse, si ella tambien tenia miedo cuando los caballos iban de prisa.

—No, si me responden de ellos...

—Cuidado no os engañeis, repuso Julia: yo no os la doy por una heroina.

—Pues trataré de serlo, contestó Lavinia, porque sé que mi esposo es enemigo del miedo.

El coronel dijo con una sonrisa:

—No temais nada, Lavinia, no someteré vuestro valor á grandes pruebas.

Habian llegado, y todos entraron en el salon donde permanecieron hablando algunos instantes. Tres veces Lavinia se levantó á medias para dar las buenas noches á su hermano, y otras tantas se volvió á sentar bruscamente. Por fin una mirada de los serenos ojos de Hermann se encontró con la suya; ella comprendió la órden, se levantó, dió un beso á su hermano, se inclinó ligeramente ante su marido y salió del salon con su cuñada.

III.

Media hora escasa habria trascurrido cuando Julia salió con paso ligero del cuarto de Lavinia, dejando sola á la recien casada.

Lavinia estaba de pié junto á un velador sobre el cual descansaba su mano trémula; la vestidura nupcial que la cubria no era mas blanca que la mejilla en que se apoyaba la mano de mármol de la pálida novia; el pañuelo encarnado de cachemira que llevaba en los hombros arrojaba apenas bastante reflejo sobre su rostro para dar apariencias de vida á aquella soberbia estátua: pues aun asi, inmóvil y sin color, estaba hermosa como los mármoles que animaba el cincel de Fidias, hermosa como una alegoría de la desesperacion, con su cabeza inclinada hácia atrás y su torneada mano perdida en los anillos flotantes de su cabellera destrenzada, á la claridad de los candelabros que parecia la de cirios fúnebres. Lágrimas ardientes rodaban por sus megillas de alabastro hasta la mesa en que se sostenia; los sollozos levantaban su seno, y sus tumultuosos pensamientos se escapaban en palabras entrecortadas.

—¿Qué es lo que he hecho, Dios mio? ¡Oh! Me he engañado, cruelmente engañado... ¡he querido arrancar de mi alma la desesperacion que la devoraba!... ¡y el remedio es mil veces peor que el mal... ¡No he sabido medir mis propias fuerzas!

En esto se oyó en la pieza contigua el ruido de unos pasos firmes y compasados.

Lavinia permanecia inmóvil, y sin embargo agitada, incapaz de hablar ni de moverse, ella sola habria podido decir, con la mano apoyada en aquel corazon desgarrado, hasta qué agrado de intensidad se elevaba aquella tormenta interior.

El coronel entró en el aposento.

El punto donde estaba Lavinia no fué aquel á que se dirigió su mirada; pero cuando se hubo acostumbrado á la brillante luz que casi habia deslumbrado sus ojos, vió á su esposa, y una estupefaccion involuntaria le hizo retroceder; aquella sombra pálida é inmóvil ¿era su primera mujer salida con su sudario del sepulcro en donde la habia depositado, ó era la novia de aquel dia con su trage nupcial?

Se acercó y la miró un momento.

¿Era una mirada de artista ó de amante? ¿Era la emocion de un hombre inteligente ante una obra maestra, ó la turbacion de un esposo ante la mujer amada?

Era mas bien la admiracion del artista.

Por fin Lavinia hizo un movimiento y Hermann dijo á media voz:

—He venido demasiado pronto; voy á esperar en el otro cuarto y volveré.

—¡Hermann!

—¡Querida Lavinia!

Tomó su mano y la llevó al sofá donde se sentó con ella. Lavinia le arrojó una mirada llena de una mortal agitacion.

—Me temeis, la dijo, os espanto; y su voz tenia una expresion que jamás le habria supuesto Lavinia. Os han dicho que soy inexorable. Lo soy en efecto, pero únicamente con aquellos que no me comprenden, y hasta aquí nadie me ha comprendido, por lo cual desconozco aun las mas dulces impresiones que agitan al corazon del hombre; pero tú, Lavinia, tú podrás quizá iniciarme en esos goces del alma.

—¡Yo!

Y se retiró extremeciéndose.

—¿No me habeis prometido que tratareis de hacerlo al consentir en ser mi esposa y la madre de mis hijos?

—He prometido ser la madre de vuestros hijos, y lo seré segun mis fuerzas; pero ¿cómo, cómo podria penetraros de esos sentimientos desconocidos para vuestro corazon? Unicamente lo podria el amor, y en tanto que no lo sintais, en tanto que el amor sea extraño para vos, y lo será siempre...

Los ojos del coronel que brillaban hacia un instante volvieron á oscurecerse.

—¿Y qué sabeis, vos, Lavinia? Mi esperanza era otra; ¿porqué tratan de quitármela las palabras que oigo? Cuando pedí vuestra mano, no oculté que no me determinaba á ello el amor; pero si una eleccion libre á que mi corazon me inclinaba. Admiraba en vos una mujer digna de toda la estimacion de un hombre, y me prometia que el porvenir cambiaria quizá en un sentimiento diferente la confianza fraternal... que quizá me conduciria al amor que me era extraño.

—Y que os lo es aun.

—Corriente, que aun lo es, puesto que asi os acomoda. Y sin embargo, Lavinia, hay instantes en que siento que podia ser otra cosa, y quizá á estas horas, si no hubiéseis evitado cuidadosamente toda expansion, habria sentido algo de parecido al amor dentro de mi alma. Sois hermosa, Lavinia, tan hermosa que ningun hombre os puede contemplar sin extasiarse; pero vos misma tratais de que ese éxtasis no se cambie nunca en un sentimiento mas vivo.

—Teneis razon, Hermann, pues el inspirar ese sentimiento de que me hablais seria mi desgracia.

—¡Vuestra desgracia!

—Sí, sí, pero no os encolericeis... ¿no os he asegurado?...

—Que el recuerdo de vuestro prometido estaba muerto en vuestro corazon, y que ni siquiera le sentiais, hé ahí lo que me habeis asegurado.

—Y era la verdad; mas tambien os declaré que el amor me seria siempre extraño, y que jamás podria devolveros aquello mismo que me ofreciais, la estimacion y la amistad.

—Me parece que me habeis prometido otra cosa mas.

—¿Otra cosa?

—Sí, una cosa con la que contaba para fundar nuestra felicidad doméstica, la confianza: ¿la habeis olvidado?

—No, Hermann, pero la confianza se adquiere y no se dá.

—Pues yo abrigo la pretension de que me la deis, y desde ahora mismo.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que ya que el amor falta en nuestra

© Biblioteca Nacional de España

union, debemos apoyarnos con solidez en los sentimientos que pueden reemplazarle y garantizar la felicidad interior. De todos esos sentimientos la confianza es el mas seguro y el mas santo, y ahora, creyéndome con derecho para ello, me tomo la libertad de haceros una pregunta á la cual debeis responder sobre vuestra conciencia y sin palabras vanas: ¿pensais que un matrimonio sin amor pueda ser dichoso?

Lavinia se calló; era evidente que la costaba trabajo responder.

—Fácil me seria quizá interpretar vuestro silencio; pero como semejantes interpretaciones corren el riesgo de ser inexactas, solicito una respuesta positiva.

—Ya que os empeñais, os contestaré que cuando pedisteis mi mano pensaba yo que la estimacion, la amistad y la confianza bastarian para asegurar la felicidad de un matrimonio; pero ahora estoy convencida de que era un error, una falta de experiencia y de buen juicio.

—¿Y cuándo habeis echado de ver ese error?

El coronel queria estar sereno, pero á pesar de todos sus esfuerzos, en su voz vibraba la cólera y la ironía.

—El dia que firmamos nuestros contratos.

El coronel saltó sobre su asiento y arrojó á su esposa una mirada que la hizo extremecer.

—¿Y no me habeis dado parte de ese cambio? ¡Me *habeis dejado creer encontraria en vos una esposa al* menos con deseos de hacerme dichoso!... ¡Hoy mismo habeis jurado delante de Dios!... ¡Ah! pero ahora me acuerdo que al pronunciar ese juramento os habeis ruborizado... porque érais perjura.

—Os aseguro...

—Me habeis engañado. Se puede una persona casar sin amor, pero no debe hacerlo cuando está convencida de no poder dar ni recibir la felicidad. La mujer que no desea conquistar el amor de su marido, sino que al contrario teme grangeársele cuando pronuncia su juramento delante de Dios, profana la santidad del matrimonio, y el marido que conoce ese perjurio y esa profanacion, se debe á si mismo una explicacion, si no quiere perder la única, la última cosa que le queda, la estimacion de si mismo.

Y al decir esto, iba y venia por el cuarto con una agitacion terrible, y deteniéndose ante la jóven espantada, oyó estas palabras que se escapaban de sus labios:

—No os comprendo.

—¿De veras? Pues bien, pediré el divorcio.

—¡Oh! No hablais formalmente, exclamó Lavinia levantándose con violencia.

—Sí, por Dios; que la gente piense y diga lo que quiera, pido el divorcio, y os lo anuncio en la noche de nuestras bodas. Mañana marcharé solo á Rosenborg, que ha sido ya testigo de una union desgraciada. ¡Insensato! ¡que habia creido llevar ahora la felicidad!... Me habeis *herido mortalmente, añadió con un acento desgarrador;* es preciso separarnos.

—¡Me perdeis! exclamó Lavinia, que ante esta resolucion tomada tan de repente sintió renacer sus fuerzas, y la deshonra será para entrámbos.

—¿Y tengo yo la culpa? Yo abrigaba en mi corazon una aspiracion ardiente hácia la felicidad, y ¡pobre loco! pensaba que las desgracias que los dos hemos sufrido debian atraernos y estrecharnos; pero vos sabiais lo contrario, y hoy mismo al pronunciar vuestros juramentos manteniais otros juramentos, otras esperanzas. ¿Porqué quereis llevar mi nombre, porqué quereis entregaros á un hombre á quien casi aborreceis, puesto que podeis contemplar friamente un porvenir miserable para él?

—Nuestro resentimiento os extravia. He respondido ya á vuestra primera pregunta al confesaros que yo misma me habia engañado, y que la verdad no me fué revelada sino demasiado tarde, no en tiempo útil. En cuanto á la segunda,—y Lavinia sonrojó al pronunciar estas palabras,—vuestros ojos os habrian podido responder así que habeis entrado en este aposento. Cuando os vi apenas podia sostenerme en pié, y si puedo ahora es porque ya nada tengo que temer.

Un silencio profundo reinó algunos instantes en el cuarto nupcial. Delante de aquel mármol que se animaba, estaba el esposo con los labios contraidos y fruncido el ceño.

—En efecto, ya nada teneis que temer, dijo con una voz glacial.

Y se adelantó hácia la puerta.

En este momento de inminente peligro la jóven alcanzó sobre si misma una victoria difícil. «Déjale marchar, demuéstrale tu indiferencia,» decia el orgullo; pero la razon habló mas alto.

—No deis parte á la curiosidad pública, dijo la jóven con agitacion. En tanto que no atraveseis el umbral de este aposento, el secreto de nuestro matrimonio quedará entre los dos; pero una vez que le hayais traspasado, la ciudad entera sabrá tanto como nosotros.

—De todos modos se ha de saber, puesto que vos permaneceis aquí.

—Por eso no quiero quedarme, dijo Lavinia.

Y su voz aunque no habia cambiado de tono, acusaba sin embargo una resolucion firme.

—¡No quereis, repitió el coronel estupefacto.

—No, mil veces no. Si partís solo, mañana os seguiré; no he consentido en ser vuestra esposa para ser abandonada como una cortesana y para ser la befa de todo el mundo. La ley os obliga á protegerme, y reclamo vuestra proteccion.

—Aparentais creer que mis palabras no han sido mas que una vana amenaza, pero os engañais cumpliré mi propósito.

—Lo sé, y me hallo en la persuasion de que nadie os quitaria de la cabeza ese propósito; pero debeis reconocer que si se pide el divorcio inmediatamente despues de nuestro matrimonio, no solo seremos objeto de burla, sino de desprecio y de escándalo.

—¿Y bien?

—Un divorcio al cabo de doce horas de matrimonio seria un escándalo para todo el mundo, y para mí una vergüenza eterna; al cabo de doce meses, al contrario, no pareceria mas que el resultado de una triste experiencia, de una incompatibilidad de caractéres que ponia en peligro la felicidad de entrámbos; y aunque siempre haya criticado con mucha severidad á los que rompian un lazo tan sagrado, no obstante, trascurridos doce meses, accederia á vuestras voluntades.

—Corriente, que se haga segun vuestros deseos. Durante un año, parezcamos personas casadas á los ojos del mundo, y al cabo de ese tiempo rompamos una cadena mas pesadas de llevar que la de un presidiario. Entonces pondremos á los tribunales los motivos que habeis preparado con tanta cordura, y de ese modo ni yo caeré en ridículo, ni vos tendreis que avergonzaros.

—La cadena de que hablais seremos dos á llevarla, dijo Lavinia con orgullo; quizá esa seguridad será para vos un consuelo ó una venganza.

—Perdonadme, no me comprendeis... pero ¿qué os importa comprenderme? Descansad algunas horas á fin de que podamos marchar mañana: yo dormiré en este *sofá. Buenas noches.*

Así se terminó el dia de las bodas; era el 25 de setiembre.

IV.

El dia siguiente daban las ocho en el reloj cuando Rodolfo despertó á su mujer con un beso en sus frescas megillas, y todavía á medio despetar, la hermosa jóven tendió hácia él sus brazos encantadores.

—Buenos dias, mi querido Rodolfo; ¡Dios mio, cuánto has madrugado! ¿Y nuestros novios se marcharon sin despedirse? No se oye ningun ruido en la casa.

—Tranquilízate, ángel mio, aun están durmiendo. Para los recien casados jamás amanece tan pronto.

—Y dices eso como si se tratara del matrimonio mas feliz de la cristiandad; sin embargo, hablando francamente, ¿crees que se puedan soportar el uno al otro?

—No lo sé, mi querida Julia; pero anoche al despedirme de Hermann invoqué el nombre de hermano para recomendarle la felicidad de Lavinia. Me respondió con muy pocas palabras, pero habia un no sé qué en la expresion de sus ojos que inspiraba la confianza, y abrigo poca inquietud en cuanto al porvenir de Lavinia.

—¿Y qué palabras fueron esas? preguntó la maliciosa Julia.

—Rodolfo, me dijo, vivid persuadido de que sé apreciar á vuestra hermana, y que trataré conservar mereciéndolas, la estimacion y la benevolencia que ella me *dá muestra ya.*

—¡Estimacion y benevolencia! repitió Julia irónicamente; ¿te contentarias tú con eso? ¡Gran Dios! ya me parece verte con la soga al cuello si yo no te manifestara mas que estimacion y benevolencia.

—En efecto, para mí seria muy poco, y aunque quizá no recurriria á un medio tan extremado, es sin embargo ciertísimo que me importaria muy poco una existencia si llegaba á faltarme el amor. Pero no todos los mortales son convidados á los festines de los dioses; hay muchos que se contentan con una felicidad mas terrestre, y creo que Lavinia vivirá contenta.

—¡Dios lo haga! Sin embargo, he notado en los ojos de Hermann una expresion que no prometia nada bueno. En fin, veremos qué noticias habrá esta mañana.

Rodolfo la dejó para ir á informarse de los novios; llamó tres veces á la puerta sin obtener respuesta.

Lavinia se habia despertado muy temprano al cabo de un ligero sueño, y su mirada se dirijió un instante hácia el sofá donde debia descansar el coronel, pero con asombro descubrió que el sofá estaba vacío.

—¡Gran Dios! exclamó con un grito de horror; el miserable se ha marchado, y me deja entregada al desprecio y á la burla de todos.

—Por piedad, juzgadme mejor, señora, dijo una voz á su lado.

Lavinia se sonrojó. Detrás de ella estaba sentado en un sillon el coronel vestido ya con su traje de camino.

—¡Oh! *perdonadme*, Hermann, murmuró con voz confusa.

—No os apureis por eso, dijo el coronel con indiferencia; en cuanto á mi perdon, debeis estimar muy poco el que pueda dar un *miserable.*

Nuevos golpes á la puerta.

—Van á dar las doce, viajeros.

—¡Oh! ¡oh! Buenos dias, exclamó el coronel como si acabara de despertarse; estoy inmediatamente á vuestras órdenes, mi querido hermano.

—Buenos dias, Lavinia; ¿qué tal vamos?

La jóven respondió, pero de un modo tan confuso, que Rodolfo tuvo que repetir su pregunta.

—Mi señora está buena, y celebra el buen tiempo que tendremos para nuestro viaje, dijo Hermann.

—Vuelvo al instante, despachaos.

—Está bien, dijo el coronel.

Y luego arrojando á su esposa una mirada sardónica añadió:

—¿Os parece ahora que pueda tocar retirada? No quiero serviros de estorbo mientras os vestis.

—¡Oh! No le hace nada, repuso Lavinia sentándose con aire resuelto delante del tocador.

Echó hácia atrás la gorra de encaje que llevaba, única señal del ligero descanso que habia tomado, y principió á destrenzar su hermosa cabellera, que en breve cayó hasta el suelo en mechas rizadas.

El coronel la contemplaba silencioso y distraido.

Las pruebas de la vida y los pensamientos habian arrebatado el color de las mejillas de la jóven y velado la mirada de su ardiente pupila.

El peine corria como una flecha sobre las sedosas madejas de aquella cabellera sin igual, y el coronel deslumbrado y fascinado seguia con los ojos los armoniosos movimientos de Lavinia; estaba tan absorbido en su contemplacion, que no oyó la segunda llamada de Rodolfo.

—Rodolfo, espera, dijo Lavinia echando una mirada hácia la puerta por encima del espejo.

—Allá voy: mas como sin duda es esta la primera y última vez que tendré la honra de asistir á vuestro tocador, no me disputareis algunos minutos; á fe mia que jamás habia visto semejante cabellera. Hasta luego pues; en cuanto hayais concluido y esté pronto el almuerzo partiremos.

—No tardaré.

Una hora despues Lavinia se sentaba á la mesa tan fresca, tan serena y tan risueña, que Rodolfo y Julia no podian menos de mirarla con asombro. ¡Qué diferencia entre su aire de la víspera y aquel apacible y hermoso semblante!

¿Quién habria podido decir, en efecto, el cambio que habria sufrido su destino desde la víspera? Sabia que se *hallaba libre* y *ya no tenia que temer las caricias de un* hombre por quien su corazon estaba frio. A los ojos del mundo seria su mujer, y en su casa seria la dueña de si misma; no habia prostituido su alma con un cobarde silencio, y dentro de un año hasta se encontraria libertada de su presencia; dentro de un año sin que la sociedad pudiera criticarla, no tendria que imponerse ninguna disimulacion: ¡qué felicidad para ella esa libertad consentida! Sin embargo, no por esto olvidaria ninguno de sus deberes presentes; durante un año seria la madre paciente y afectuosa de las hijas del coronel, y el ama digna y previscra de su casa; en todo lo posible tendria en ella una compañera agradable. Si la opinion pública no se engañaba, este deber le seria de fácil cumplimiento, tanto mas, cuanto que el coronel pasaba cazando en sus bosques todo el tiempo que le dejaban libre el servicio y la direccion de sus haciendas.

—Con que está dicho, amigos mios, hasta la primavera próxima, exclamó el coronel á punto de despedirse.

—Antes, exclamó Rodolfo, me prometo que vendreis á pasar con nosotros la Navidad.

—No puedo; mis hijas no deben verme ausente en esa fiesta. Sin embargo, no impediré que Lavinia, si tiene gusto en ello...

—No debo, interrumpió la jóven arrojando una mirada risueña á su marido; no pienso que convenga á una madre de familia el ausentarse sola. De modo que iremos todos ó ninguno.

—Entonces, hasta la primavera, replicó Rodolfo.

Y viendo que el coronel salia para pedir caballos y que Julia dejaba el aposento para darle ocasion de hablar un instante con su hermana, llevó á Lavinia hácia el hueco de un balcon y la dijo:

—Lavinia, mi querida hermana, si no te acompañan á la morada de tu marido ni los tiernos besos de una madre ni los ardientes votos de un padre, al menos no te faltarán las mas fervientes felicitaciones de un hermano. Lavinia, *respóndeme con sinceridad; ¿puedo estar* sin cuidado?

—Sí, hermano mio, me he decidido libremente, y Hermann es un hombre en quien los sentimientos del honor se hallan tan profundamente arraigados, que una mujer puede prometerse con él una vida apacible.

—¡Oh! eso es muy poco, exclamó Rodolfo; yo habria querido mucho mas para tí, ¡yo que soy tan dichoso!

—Y yo, hermano mio, creo tener garantías de felicidad al menos tan seguras como las *tuyas.* ¡Quiera el cielo que no seas nunca mas desgraciado que yo! te lo digo con toda mi alma.

—Si es así, debo creer que tu dicha es completa, mucho mayor de lo que tú la pintas, y estoy tranquilo.

Lavinia buscó con tierna ansiedad la mirada de su hermano.

—Rodolfo, le dijo gravemente, en esta hora de nuestra separacion, no quisiera que tuviesen mis palabras *una sombra de envidia, y si te hablo es desprendida* de todo sentimiento que no sea mi cariño; eres demasiado débil para Julia.

—¡Demasiado débil!

—Sí, y temo que un dia no llegues á deplorarlo. Es buena, afectuosa y seductora, pero es tambien una criatura caprichosa y voluble que exijirá quizá muchos sacrificios. Siento hablar así, pero soy tu hermana y debo expresarme francamente.

—Querida Lavinia, me entristece oirte hablar así en un momento en que mi corazon rebosa ternura. ¿Por qué no tienes afecto á Julia? Aunque tenga caprichos, es, como acabas de decir, una criatura seductora, y créeme, es tan suave y me ama tanto, que con la razon siempre haré de ella lo que quiera.

—Quiera Dios que la razon sirva para guiarla, y quiera Dios que siempre sea digna de tu noble confianza y de tu cariño; quizá la maternidad la dará sentimientos de responsabilidad y de afecto que ahora no tiene.

—Sí, sí, estoy seguro de *ello.* Pero oigo que vuelve tu marido. Le estimo, y creo que la influencia de una mujer amada puede cambiarle. Trata de ser para él esa mujer; ¡adios!

Estas palabras le llegaron al alma á Lavinia, pero la aparicion del coronel la dispensó de responder á ellas.

Algunos minutos despues los recien casados desaparecieron en la nube de polvo que levantaban sus caballos en el camino que seguian.

© Biblioteca Nacional de España

V.

Lavinia habia cumplido apenas los diez y siete años cuando perdió á su madre, á quien amaba con todas las fuerzas de su alma apasionada y fuerte, y que habia dirijido largo tiempo con mano segura y hábil su rica naturaleza. El pesar de esta muerte fué muy hondo; hacia años que su padre habia dejado de existir, y de toda su familia quedaba ella sola con su hermano, que sus estudios tenian á la sazon lejos de ella, y que no podia dar á su hermana una posicion segura á su lado. Lavinia tuvo que aceptar la proposicion de una anciana tia que la ofreció llevársela con ella, y cuya vida retirada presentaba entonces un poderoso atractivo á los ojos de la jóven sumerjida en el dolor mas acerbo. Ninguna existencia podia convenirla mejor que la de la anciana tia Shoneberg, que exceptuando algunos solterones y solteronas que iban á su casa á jugar y á tomar el té, no veia á nadie absolutamente.

(*Se continuará*.)

REVISTA DE CADIZ.

Agua y luz.—El agua y la luz van corriendo parejas en Cádiz. El verano tiene secos los algibes, y aunque tanto el ayuntamiento como el interés individual *nos proporcionan hasta ahora con qué remediar* en lo posible esta apremiante necesidad, sus esfuerzos no pasan de meros paliativos que no curan el mal de raiz ni nos dan garantías para en adelante. Se han hecho estudios, segun tenemos entendido, para la traida de aguas; pero es el caso que con estudios no mas no se apaga la sed. Acaso tras de los estudios vengan proyectos, y hasta queremos suponer que los tales proyectos parezcan bien á todo el mundo, lo cual es una hipótesis por cierto muy aventurada; pues bien, ¿qué resultará? Que durante mucho tiempo todavía nuestras fuentes monumentales se habrán de reducir á las pipas del ayuntamiento, y nuestros surtidores domésticos al barril del gallego aguador, y eso gracias si se logra. En tanto los árboles de nuestros paseos y las plantas de nuestros jardines tienen que contentarse con agua del pozo, y aun de esa no mucha, no sea que se les resfrie el estómago.

Todo estaba remediado si pudiéramos acostumbrarnos á beber agua del mar, lo cual no nos parece imposible, teniendo en cuenta que Han de Islandia, segun nos dice Victor Hugo en una novela suya, la bebia, y con ella hacia muy buenas digestiones, como lo prueban sus fuerzas portentosas. No sabemos si el autor de *Los Miserables* habrá tenido la curiosidad de hacer la prueba en su propia persona.

Pero al hablar del agua del mar nos vemos arrastrados á una observacion importante de economía doméstica. Los trages y las enaguas de las damas que concurren á la alameda ponen el grito en el cielo al verse enlodados lastimosamente con las aguas del riego, y muestran en corroboracion de sus clamores sus amarillentas cenefas. Estas quejas han llegado, no diremos á nuestros oidos, que eso no nos importaria mucho, sino que han penetrado hasta lo íntimo de nuestros bolsillos, lo cual ya es algo mas. Es verdad que así se sienta el polvo del paseo, pero en cambio se levanta una polvareda de todos los diablos en cada casa.

Dijimos que en Cadiz la luz corria parejas con el agua: vamos á hablar de esto, ya que es cosa que duele, puesto que no viendo luces, por fuerza tenemos que ver estrellas, si es que la luna no se apiada de nosotros.

Es pues el caso que hasta ahora poco tiempo el gas se encendia antes del toque de oraciones, pero en la actualidad sucede muy de otra manera. Anochece por fortuna bastante tarde, las calles se quedan completamente á oscuras, hasta el punto de tentar las paredes los transeuntes; pero no por eso se vé asomar todavía por ninguna parte la larga vara de un encendedor del alumbrado público. Así suele trascurrir cosa de una hora que se pasa dando tropezones, *al cabo de cuyo tiempo comienza una calle* á mostrar de lejos y á trechos algunos gusanillos de luz subidos en unos pescantes verdes. Estos gusanillos constituyen el alumbrado de gas en Cádiz: él es tan poco y tan malo que aunque se encienda muy tarde casi nadie lo echa de menos.

Y ahora decimos nosotros con este motivo: «Gloria á los portentosos descubrimientos del siglo aplicados á este país de primos!»

Capítulo de teatros.—Se ha puesto en escena, por segunda ópera en que habia de tomar parte la distinguida artista Sra. Borgi-Mamo, *El Barbero de Sevilla*. En su ejecucion ha podido la expresada cantante hacer mas gala todavía que en *La Favorita* de sus especiales condiciones artísticas. La ópera de Rossini está mas en su voz, y por su corte se presta infinitamente mejor al canto de adorno, que es el que está en perfecta armonía con la flexibilidad de su garganta. Fué muy aplaudida, habiéndosela hecho repetir parte de su cabatina de salida. Tambien estuvo bien el Sr. Ferri, pero no puede decirse otro tanto del tenor, el cual, segun cierto anuncio preventivo, se hallaba indispuesto. En Don Basilio hubo sus trabajos.

Se ha presentado en esta ópera por primera vez el Sr. Scalese, bajo caricato: agradó, porque no solo gesticula, como los mas de su especie, sino que *canta, y esto nos hace augurar favorablemente* de él para cuando se pongan en escena otras óperas bufas, como por ejemplo *Don Pascuale*, y demás que se prometen.

Concluiremos manifestando que desearíamos, por honor siquiera á la cultura del Teatro Principal de Cádiz, se cuidase de no presentar en la escena una anarquía de trages como la que hemos visto en esta ópera. Cada cual vá vestido al uso de una época diferente, y algunos al de ninguna de las conocidas en la historia. Y aun eso fuera menos, con ser ya mucho; pero es el caso que los tales trages, tras de impropios, son malísimos. ¡Qué soldados aquellos! ¡Qué lástima de baratillo en carnaval! ¡Y eso cuando tenemos como quien dice, todavía en los labios el sabor de aquellos trages asirios de Baltasar!

En el Balon sigue actuando con aplauso la compañía de zarzuela improvisada, y cuyas partes, segun hemos dicho ya, proceden de los teatros de Madrid.

Entre las producciones cortas, únicas que hasta ahora ha puesto en escena, hay algunas nuevas aquí, y de ellas hemos venido ocupándonos en nuestras anteriores revistas. Ahora le toca su vez á *El noveno mandamiento*, tambien un acto.

El argumento de esta zarzuela no afecta en nada al catecismo, por mas que esto pareciera poderse desprender de su título. Se reduce á una jóven que hallándose en un pueblo de baños, pasa por mujer de su propio tio, y esto lo hace por la sola pueril vanidad de que la tengan por casada. Hay allí un caballerete muy galan, que se enamora de ella platónicamente y con la mejor fé del mundo. Esto es precisamente lo que ella desea, pues ya se comprende que rabia por casarse; así es que, cuando le juzga maduro, hace que el tio mismo le descubra la farsa; mas el mozo cree que le han tendido un lazo, y aunque por el propio decoro no retira su palabra, la frialdad que muestra desde aquel punto, unida á la presencia inopinada allí de otra jóven, su antigua amante, y amiga de la primera, obligan á que esta, haciendo de la necesidad virtud, ceda á la recien venida sus derechos al novio, resignándose á aceptar á otro pretendiente, harto menos mozo y galan, pero que viene derecho, y con eso le basta *para ser admitido sin repugnancia alguna*.

La zarzuela agradó, como le ha sucedido á todas ó á casi todas las ejecutadas por esta simpática compañía.

En la ejecucion tuvieron mayor ocasion de lucir la Sra. Barrejon, la jóven Señorita Esteban y el Sr. Arderius, que cada dia gusta mas al público.

Noticia Necrológica.—En la tarde del mártes 28 del anterior fué conducido al cementerio el cadáver del Doctor D. José María Gomez de Bustamante, catedrático que fué de esta Facultad médica, y persona distinguidísima por sus prendas sociales y por su saber. La poblacion entera pareció asociarse al sentimiento de su familia y de sus amigos, y una concurrencia tal como pocas veces se ha visto acompañó sus restos hasta su última morada, tributando así á su digna memoria un homenaje, cuyo mayor valor consistia en la espontaneidad.

Cádiz ha perdido en él un hijo que la honraba, la ciencia un profesor notable, nosotros un amigo, un compañero de estudios.

Si hay algo que pueda mitigar los dolores que nacen de una pérdida tal, creemos que la solemne manifestacion de universal aprecio que en su muerte ha recibido el Doctor Bustamante, será de algun consuelo para una esposa, para un padre, para unos afectuosos hermanos y para unas hijas, que con tan profunda afliccion lloran muerto al que con tan entrañable cariño amaron vivo.

Sinceramente piadoso, fervientemente cristiano, la religion, al cobijarlo bajo sus santas alas en sus últimos momentos, no hizo mas que cumplir el *deseo de su vida entera*.

Dios le haya recibido en su seno.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SALTO DEL CABALLO.

	bos	fér	el	so	Los	Y	ti	vi	
	es	cen	que	ten:	Y	dio	che,	el	
Ma	y	la	ril	til	ve	Pa	cen	en	Ma	Por	o
De	té	ti	ei	flo	ga	bro	a	re	co	sol	nos
bro	pos	res.	ve	nes,	dos	do	Co	y	me	bi	que
al	bal	nos	Li	en	y	ni	pra	ne	el	ni	Tor
cam	ten	el	co	ña	Que	gi	cla	ña	so	vie	ru
sus	ba	do	mi	rios	ve	Co	mi	res,	De	mes,	mi
flo	en	las	ta	gien	ni	Por	les	cho	que	li	va
per	de	res.	do	ne	er	Di	lo	za	rios	ne	Por
		gi	Des	res.	que	ña	ve	vie	ti		
		flo	vie	Co	ga,	Vi	Fer	co	tu		

Principia en la 6.ª casilla, de la última fila, y concluye en la 3.ª casilla de la 10.ª fila.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE MUSELINA BLANCA; enteramente compuesto de bullones poco fruncidos, separados por entredoses bordados, puestos perpendicularmente; lo bajo de la enagua lleva por orla un volante bordado y festoneado, de 8 centímetros de ancho: enagua de viso de tafetan azul. Chaqueta flotante de muselina blanca, con volantes y *entredoses bordados. Chaleco de tafetan azul, cerrado* con botones de cuentas blancas. Mangas cortas pegadas al chaleco; un rizado de muselina hace las veces de cuello. Los entredoses de la enagua se van aproximando hasta el talle.

TRAGE DE TELA DE CAPRICHO, COLOR DE CUERO. El borde de la enagua se guarnece con un rizado encañonado, de tafetan violeta, el cual ha de tener 3 centímetros de ancho. En el delantero de la enagua vá un dibujo compuesto de losanje de diferentes tamaños, ejecutado con esterilla violeta y trencilla fina del mismo color. El dibujo disminuye de proporciones al subir hácia el corpiño, sobre el cual se *continúa, creciendo gradualmente hácia el cuello*. El corpiño es liso y montante. Las mangas, bastante estrechas, se llevan una guarnicion semejante á la del trage. Mangas interiores con puños anchos, compuestos de entredoses bordados y encage. Cuello recto por detrás, con dos puntas por delante.

Solucion del geroglífico.

La muerte de Solon tuvo lugar 559 años antes de Jesu-Cristo.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Lercoy Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España